



RENOVACION CARISMATICA CATOLICA

Fraternidad de Grupos de Oración

Arquidiócesis de Córdoba



LA AUTO-COMPRESIÓN DE LA RCC DESDE SUS COMIENZOS



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial



RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA Arquidiócesis de Córdoba

Escuela de Formación RCC

PRIMER NIVEL

(SEGUNDA PARTE)

La auto-comprensión de la R.C.C. desde sus comienzos .

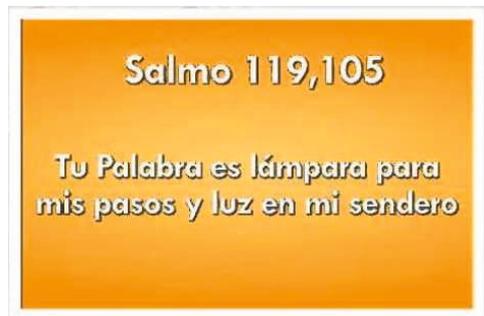
Continuamos recorriendo los testimonios de quienes, desde el comienzo han formado parte de esta corriente de gracia. A través de ellos vamos conociendo la **auto-comprensión** que la RCC tuvo de sí misma, por supuesto, guiada por el Espíritu Santo. Así, los hermanos y hermanas que tomaron contacto con este “movimiento” del Espíritu, fueron descubriendo el paso de Dios y la obra que quería hacer en su Iglesia. Prestemos atención, entonces, a los testimonios que siguen para tener una mejor percepción del proyecto de Dios en la Renovación Carismática.

🕊️ **P. Alfonso Navarro** (1974): Tomaremos un artículo escrito por el P. Alfonso Navarro, de la Renovación Carismática de Méjico, publicado en la revista “Alabaré” N° 10, de febrero-marzo de 1974, que se titula “El ministerio de la Palabra en la Iglesia”. Es muy claro en cuanto a la importantísima distinción de las dos fases que existen al dar a conocer la Palabra o Revelación de Dios: “El ministerio de la Palabra no es otra cosa sino la continuación del ministerio mismo de Jesús y el cumplimiento de su mandato: “Como el Padre me envió, así yo los envió”. (Jn. 20,21). “Id, pues, y proclamad, haced discípulos enseñándoles todo lo que os he dicho”. (Mt. 28,19; Mc. 16,15). Es la misión que Jesús dio a los doce y a los setenta; a la que envió a todos los bautizados; la misma que cumplió fielmente la



¹BENEDETTO, Juan Franco, *Renovar la Renovación Carismática Católica*,
<http://www.contempladores.com.ar/pdfs/renovar.pdf>

primera comunidad cristiana. LA MISIÓN DE JESÚS. Encontramos en Lucas 4,43: “Tengo que anunciar la Buena Nueva de Dios porque para esto fui enviado.” “Y recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas y proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo. Le traían todos los pacientes aquejados de sufrimientos diversos y a los endemoniados, e imponiendo las manos sobre cada uno de ellos los curaba, y salían también demonios de muchos.” (Lucas 4,40-41). En estos textos vemos en síntesis dos aspectos: palabra y señales. En la palabra vemos dos fases: proclamar la Buena Nueva del Reino, invitando inmediatamente, como respuesta, a la conversión y a la fe; y enseñar. Las señales son: curar enfermos imponiéndoles las manos y expulsar demonios. ELEMENTOS INTEGRANTES DEL MINISTERIO DE LA PALABRA. El Ministerio de la Palabra no se cumple únicamente transmitiendo con fidelidad y ortodoxia el mensaje que nos fue confiado en depósito, sino dando testimonio de lo que ya se ha hecho vida en nosotros mismos y es experiencia. Y no sólo por los conocimientos adquiridos por el estudio sino sobre todo por



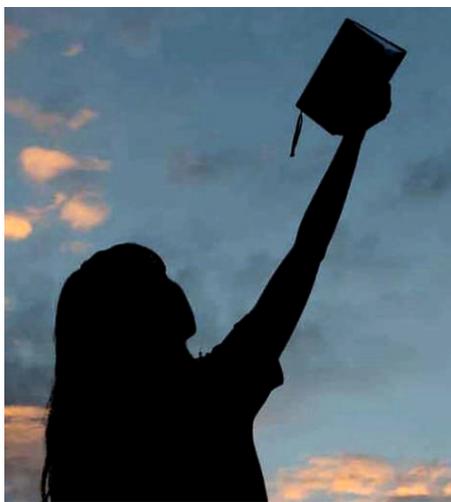
la iluminación y revelación que el Espíritu Santo comunica a nuestro espíritu en la comunión íntima con Él. En la Palabra de Dios encontramos los elementos integrantes y el orden progresivo en el ministerio de la Palabra. La primera fase es el *kerygma* o evangelización, que es la obra del ministerio del evangelista. La segunda fase es la *didaje*, *didascalía* o catequesis, obra del ministerio del Maestro, que debe ser una enseñanza progresiva en el Espíritu para adentrarse en el misterio de Dios y en su conocimiento.” El Ministerio de la Palabra no es más que continuar la misma misión de Jesús, y se lleva a cabo en un orden progresivo que contempla dos fases sucesivas y bien definidas: el “kerygma” o evangelización, llevada adelante por los Evangelizadores, y la “didaje” o catequesis, que es el ministerio de los Maestros. Por supuesto ambas fases del ministerio deben ser acompañadas por señales del poder del Espíritu Santo presente y operante en la Palabra de Dios y en quien la proclama. Esta división en dos fases, que parece tan simple y casi obvia, es, sin embargo, a mi juicio, el punto más crucial en cuanto al cumplimiento o no

del fin para el cual ha sido suscitada la R.C.C. Esto lo veremos con mucho detalle más adelante. Respecto a la primera fase, el “kerygma”, ya hemos abundado en su análisis al comentar algunos aportes anteriores, pero hay algunos conceptos interesantes que agrega el P. Navarro: “PRIMERA FASE DEL MINISTERIO DE LA PALABRA: EL KERYGMA. Esta es una palabra griega que significa proclamación o anuncio hecho por un heraldo. Todo anuncio del kerygma debe culminar en una llamada a una respuesta de decisión personal del que escucha; aceptar y creer en Jesús como Salvador y Señor; cambiar interiormente; y ser bautizado. Se ora sobre los que aceptan a Jesús y se rinden a Él como Señor, para que reciban el don del Espíritu. El énfasis se debe poner en la conversión sincera y en la fe explícita en la persona de Jesús. Así como nadie puede recibir la Confirmación si antes no ha sido bautizado, de la misma manera nadie puede recibir realmente la plenitud del espíritu si antes no se ha convertido a Jesús y lo ha puesto como Señor y centro de su vida. El Bautismo (o efusión) en el Espíritu Santo confirma lo anterior y le da solidez y crecimiento. Pero el Kerygma no se lleva sólo a paganos como primera predicación misional. Debe ser anunciado una y otra vez a la comunidad ya creyente para afirmar mejor la conversión y profundizar más la fe. No está destinado únicamente a los no cristianos o a los inconversos, sino que lo debemos llevar a los creyentes para que se manifieste en ellos la renovación del Espíritu en conversión y obediencia a la fe. Por ello la proclamación del Kerygma se realizará en gran parte entre cristianos ya bautizados como una renovación de los sacramentos de la iniciación cristiana tras un breve catecumenado.” El anuncio del “kerygma” no queda simplemente en eso, en anunciar algo, sino que debe siempre culminar en una fuerte llamada y exhortación a la conversión, como respuesta a lo que despierta en el corazón del que escucha.



Es exactamente lo que ocurrió después del discurso kerygmático de Pedro, el día de Pentecostés, según se relata en los Hechos de los Apóstoles 2,14-39. ¿Qué ocurrió cuando Pedro terminó su anuncio?: “Al oír esto, dijeron con el

corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: “¿Qué hemos de hacer, hermanos?” Pedro les contestó: “Convertíos, y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” Como bien recuerda el autor “nadie puede recibir realmente la plenitud del Espíritu si antes no se ha convertido a Jesús.” En la R.C.C. el kerygma va seguido por el “bautismo” o “efusión” en el Espíritu, que no implica lograr una conversión completa, sino obtener el impulso para comenzar a recorrer el camino que produce progresivamente esa conversión. La proclamación del kerygma y la “efusión en el Espíritu” entre los bautizados lleva, como ya se vio, a una renovación de los sacramentos de la iniciación cristiana, Bautismo y Confirmación. Como el proceso de conversión es progresivo, la primera fase del ministerio de la Palabra, la evangelización, debe ser seguida necesariamente por una segunda, que es la enseñanza o catequesis: SEGUNDA FASE DEL MINISTERIO DE LA PALABRA: LA DIDAJE O LA ENSEÑANZA: Didaje significa doctrina y se refiere sobre todo al contenido de ella, reservando para el acto de enseñar los términos de didascalía o catequesis. Su objetivo es llegar a la unidad en la fe y al conocimiento de Dios creciendo hasta la talla de la plenitud de Cristo en vista a la edificación consumada del Cuerpo de Cristo. Esta unidad debe impedir disgregación y división en la comunión cristiana y en la fe y dar una solidez que descarta el ser zarandeados y llevados a la deriva por cualquier viento de doctrina. Debe formar un solo cuerpo, aunque con multiplicidad de funciones y de carismas; una sola fe, guardando y transmitiendo con fidelidad el depósito



que nos ha sido confiado, con la asistencia del Espíritu Santo, que nos llevará a la verdad completa. El objetivo de la enseñanza del ministerio de la Palabra en su segunda fase es el conocimiento de Dios. Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Así define Jesús la vida eterna: “que te conozcan a ti único Dios vivo y verdadero y a quien has enviado, Jesucristo” (Jn. 17,3).

También nos señala el camino: “Yo soy el camino, nadie va al Padre sino por

mí. Si me conocierais a mi conoceríais a mi Padre” (Jn. 14,6-7). Conocer a Dios es adentrarse en su misterio, después de haberlo encontrado y aceptado por la fe. No es asunto de pura inteligencia que estudia la verdad revelada, sino un don de revelación que el Espíritu de verdad manifiesta a nuestro espíritu para comprender vitalmente la Palabra de Dios. Además de ser un don del Padre y una manifestación del Espíritu, el conocimiento es fruto de la pureza de corazón y de una vida de acuerdo a la voluntad del Padre. El conocimiento es penetración de la verdad y comunión personal; teología y mística indisolublemente unidas; conocimiento preciso y completo de la verdad revelada; y experiencia de comunión amorosa. El conocimiento sin amor solo infla, dice san Pablo, produce actitudes de orgullo espiritual, sólo el amor edifica. Es don del Espíritu para la verdadera inteligencia de las Escrituras, conocimiento que debe irse transformando en oración contemplativa y en experiencia unitiva. Signos de un verdadero y auténtico conocimiento de Dios, como nos dice San Juan en su primera carta son: cumplir sus mandamientos y el amor a los hermanos. Todo el que conoce a Dios y permanece en Él no peca. Esta enseñanza debe ser progresiva según las necesidades del crecimiento.” La segunda fase del Ministerio de la Palabra, la catequesis o enseñanza, es la que permitirá al cristiano crecer hasta la plenitud de Cristo. Su objetivo central es uno solo: el conocimiento de Dios Trinidad, de ese Dios que inhabita real y efectivamente en el alma de cada bautizado. Aquí la palabra “conocimiento” debe ser tomada según la acepción bíblica, que implica no un mero acto intelectual, sino una experiencia viva de las Personas de la Santísima Trinidad. Quedan así muy bien delineadas las dos fases por las que el Ministerio de la Palabra de Dios guía a los creyentes para que se inicien y luego avancen en la vida cristiana: primero hay que encontrar a Dios, conocerlo como Persona, en un encuentro vivo y personal, que llevará a aceptarlo como Señor y producirá un deseo profundo de conversión, de reorientar toda la vida de uno no ya hacia las cosas de este mundo, sino hacia Dios. Luego vendrá la segunda etapa, de adentrarse en el conocimiento de los misterios de Dios,



hasta donde lo permita la oscuridad de nuestra fe, para crecer mucho más en esa misma fe y en la conversión de vida. Esto en definitiva es lo mismo que pasa entre los seres humanos. Pueden hablarme mucho de una cierta persona, de sus cualidades, de su vida, de sus realizaciones, pero eso probablemente producirá en mí solamente un interés relativo, impersonal, intelectual. Pero si yo conozco personalmente a ese individuo, tengo un encuentro con él, y me siento impactado por su personalidad y forma de ser, entonces seguramente nacerá en mí el deseo de conocerlo mucho más a fondo, de ser su amigo, y todo lo que sepa de él tendrá relevancia para mí, e irá resaltando y enriqueciendo esa relación personal. El evangelizador nos “presenta” a Jesús, nos facilita un encuentro personal con Él. El maestro nos enseña a conocerlo, y por ende a amarlo cada vez más. Y por Jesús llegaremos al Padre en el Espíritu Santo. Otro elemento importante que nunca habría que perder de vista



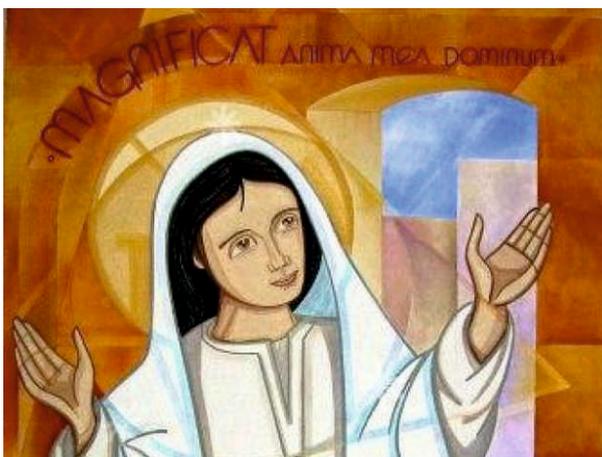
es que el hecho de avanzar en el conocimiento de los misterios de Dios no es algo que depende de la mente o inteligencia del hombre, sino que es un don sobrenatural de Dios mismo. También hay otro concepto que destacar: si el conocimiento de Dios es algo vivo y experimental, va necesariamente unido siempre a la oración, ya que la oración que es el diálogo amoroso de la criatura con su Creador, y que deberá también ir creciendo sin límites, hasta las profundidades de la contemplación mística. A

continuación el autor plantea los problemas que pueden surgir cuando no se avanza en esta segunda fase del Ministerio de la Palabra: “Si no existe una sólida y sana enseñanza, y no hay una solícita vigilancia y cuidado de los pastores, este conocimiento degenerará en desviaciones y errores como lo sabemos por la historia de la Iglesia: errores en iluminismo rebelde a toda orientación de la comunidad y de sus pastores; de orgullo elitista sin amor ni edificación; de interpretación subjetiva de la Palabra al margen del sentido inspirado. Esta formación doctrinal nos ayudará a integrar y armonizar vitalmente **fe con obras**; oración con vida; piedad y culto con compromiso activo en la instauración de la justicia y de la paz; fidelidad a nuestra Iglesia y

apertura en diálogo con otras denominaciones; lo carismático con lo eclesial y sacramental. **La enseñanza y la formación doctrinal no es la transmisión de ideas frías y puros esquemas académicos sino un verdadero ministerio de la Palabra a ejemplo de Jesús y de la primera comunidad cristiana.** Para cumplir este ministerio no basta haber hecho muchos estudios de teología y de Biblia, como tampoco basta sólo el tener una vivencia personal profunda de la vida en el Señor, sino ser escogidos por el Espíritu con el ministerio carismático de maestros y ser reconocido y consagrado para esto por la comunidad y por sus pastores. Los conocimientos técnicos de doctrina y el dominio de técnicas de comunicación no sustituyen la elección y unción del Espíritu. Es relativamente fácil, y de ilusorio éxito y de vitalidad aparente el hacer discípulos que se convierten y se entregan al Señor y reciben el don del Espíritu al escuchar la proclamación del mensaje de salvación. Pablo no pasó como cometa evangelizando y bautizando de una ciudad a otra sino que después de este primer trabajo permanecía largo tiempo con los nuevos creyentes, formando comunidades y solidificando su fe y su caminar en la vida nueva con la enseñanza, hasta poder dejar ancianos de esa misma comunidad, y sólo entonces pasaba a otro lugar para seguir el mismo proceso. La obra del evangelizador debe ser seguida inmediatamente por la obra del maestro y del pastor. Todo convertido puede y debe dar testimonio de lo que el Señor ha hecho con él. Pero para la dedicación al trabajo sólido de evangelizar y enseñar, como también para ser pastores, se requieren ancianos; hombres maduros en la fe; buenos conocedores de la doctrina; fieles transmisores del depósito de la fe; y llenos del Espíritu Santo. Después de experimentar el nuevo nacimiento somos niños pequeños en Cristo y necesitamos el cuidado de la comunidad y de los ancianos y pastores. Un niño recién nacido empieza por alimentarse. Pronto comienza a hablar y comunicarse para luego empezar a convivir e integrarse consciente y activamente en su familia y en la sociedad que lo



protege y lo ayuda a crecer.” Cuando la relación con Dios y la vida espiritual en general quedan basadas solamente en la primera experiencia de encuentro personal con Jesús resucitado, y no se avanza seriamente en la enseñanza posterior o catequesis, se pueden producir distintos tipos de desvíos, tal como los enuncia el P. Navarro: iluminismo rebelde a las orientaciones de la comunidad o la Iglesia, orgullo elitista y separatista, fundamentalismo e interpretación subjetiva de la Palabra. Por eso es tan importante la guía y cuidado de los maestros y pastores en la comunidad cristiana en cuanto a la transmisión y ejercicio de la sana doctrina católica. Como consecuencia de esto aparece una necesidad muy importante en las comunidades que avanzan en la vida espiritual, que es el surgimiento de verdaderos maestros, no sólo con conocimientos de teología, de Biblia, de doctrina de la Iglesia, sino con vivencias profundas de todo lo que enseñan, movidos por el Espíritu Santo en su apertura a la acción de los dones de Inteligencia, Ciencia, Sabiduría y Consejo. En muchos grupos de oración y comunidades, grandes o pequeñas de la R.C.C. se ha visto como se produce un gran crecimiento en cuanto al número de personas que se agregan a ellos, como consecuencia de una evangelización llevada adelante con mucho entusiasmo, con medios abundantes, con preparación, lo que aparente ser un gran “éxito”. Pero, como bien dice el autor, este éxito será algo ilusorio y pasajero si no se avanza en la obra posterior de los maestros y la enseñanza. Demasiados grupos de oración



se han quedado solamente en dar “más de lo mismo”, lo que poco a poco va agotando y apagando el fuego del entusiasmo inicial. También el autor destaca a continuación la necesidad de presentar en la enseñanza, en forma explícita y abierta, a la figura de la Virgen María: “En la

enseñanza debe presentarse explícita y abiertamente a María, Madre del Señor

y la más íntimamente asociada a Él en su obra redentora, como Madre y tipo de la Iglesia, como modelo del discípulo de Jesús; como quién cumplió mejor la

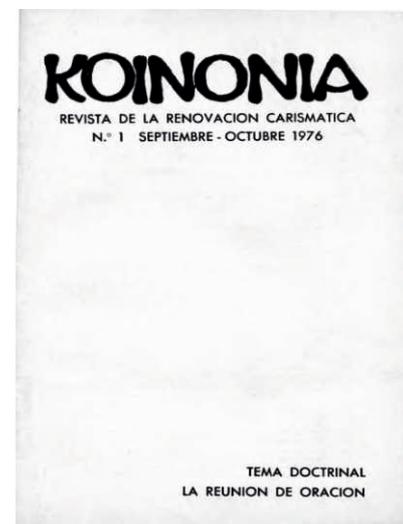


voluntad del Padre; y fue la más dócil a la guía del Espíritu; como el camino más directo, más fácil, más seguro para llegar a Jesús y seguirlo, y para recibir el don del Espíritu.” Lamentablemente ocurre a veces en la Renovación que en aras de un “cristocentrismo” mal entendido, se deja de lado a la figura de María Santísima, como si ella pudiera constituir un

obstáculo para el encuentro con la persona de Jesús. En la conclusión del artículo el autor resume precisamente cuáles serán los resultados en la Renovación si no se avanza seriamente en el ministerio de enseñanza de la Palabra: “Sin un serio y permanente ministerio de la Palabra, los nuevos creyentes se quedan enanos; se producen en las comunidades toda clase de errores y desviaciones y finalmente su primer fervor decrece y muere y se desgajan del árbol y se secan. La enseñanza sólida no es un adorno accesorio sino una necesidad básica absoluta. Formación doctrinal no se opone a vida y experiencia sino que es garantía de autenticidad y sano crecimiento. Es responsabilidad primaria e insustituible de los pastores y líderes el proveer a la enseñanza y vigilar la transmisión fiel del depósito de la fe confiado a la Iglesia. Toda renovación abortará o se desviará en errores y cismas, como sucedió con todos los brotes carismáticos en la historia de la Iglesia, si no se asegura una seria y sólida enseñanza y no hay un efectivo sometimiento a los pastores puestos por el Espíritu como vigilantes para cuidar del rebaño. Sólo con estas condiciones se mantendrá la unidad en la fe y en la comunión. Sólo así se llegará a ser verdaderos discípulos de Jesús, a ser hombres espirituales, dóciles al Espíritu y sólo de esta manera se alcanzará el genuino conocimiento de Dios.” En la vida espiritual, el no crecer con el paso del tiempo no hace que el creyente quede permanentemente como un “niño espiritual”, sino hace que se deforme, convirtiéndose en un “enano espiritual”. La vida espiritual, como ocurre en la vida natural, debe tener un crecimiento armónico y sostenido, para ir pasando del niño espiritual que sólo se alimenta de leche, al adulto espiritual, que come todo tipo de alimento sólido. Una comunidad cristiana debe tener distintas clases de “cocineros” que preparen el alimento espiritual. Algunos se

dedicarán a la leche y a las papillas para los más pequeños, pero otros deberán saber preparar manjares de toda clase, aún los más elaborados, para ir satisfaciendo plenamente el paladar y la necesidad de aquellos adultos espirituales, que serán cada vez más exigentes. Si esto no ocurre, como previene el P. Navarro, se corre el peligro cierto de errores y desviaciones, que pueden llevar inclusive a separaciones y cismas, como lo muestra efectivamente la historia de la Iglesia. Por eso es tan importante este aspecto de la catequesis sólida, ya que es la única manera de formar verdaderos discípulos de Jesús, quien no buscó que multitudes lo siguieran, sino que se dedicó a formar a fondo tan solo a un puñado de apóstoles y discípulos, que, sin embargo, bastaron para transformar en no mucho tiempo al mundo conocido de ese entonces.

🌀 **Revista “Koinonía” (1978):** Sobre el importantísimo tema de la formación en los cristianos quiero agregar algunos conceptos muy buenos que aparecen en un artículo de la revista “Koinonía”, publicada en Barcelona, España, en el número de mayo-junio de 1978, transcrito en el librito “Enseñanza”, de la colección “Reflexiones” de Ediciones Paulinas de Chile: “Los hermanos que llegan a la Renovación Carismática a través de los grupos provienen de los ambientes más diversos. Algunos necesitan ante todo evangelización, otros, una formación y enseñanza muy determinada, o porque nunca la tuvieron, o porque si bien la tuvieron, fue de tipo puramente racional con escasa repercusión en sus vidas. Lo primero que tenemos que asegurar es que todos reciban la evangelización. Es decir, que lleguen a conocer y capten en profundidad el núcleo del mensaje cristiano, la Buena Nueva, y adquieran una clara conciencia de lo que es la esencia de la fe cristiana. Hemos de tener todos muy claro lo que es “el fundamento y el centro y la cumbre de toda fuerza dinámica de la evangelización: en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos y cada uno de los hombres, como un don de la gracia y



de la misericordia del mismo Dios” (Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, N° 27). Supuesta esta comprensión del contenido básico del mensaje evangélico, hay que seguir dando enseñanza abundante, iluminando todas las verdades que se transmiten “entre las que se da un orden o jerarquía, según el diverso nexo que las relaciona y concreta con el anuncio básico del anuncio o kerygma apostólico” (Comisión Episcopal Española para la doctrina de la fe, La Comunión eclesial, N° 43). También aquí se pone de manifiesto la importancia de diferenciar el primer anuncio cristiano o kerygma apostólico, de la formación posterior, tal como lo reconoce la Comisión Episcopal Española. Luego se plantean dos puntos básicos que deben ser las metas a las que aspire la formación cristiana a través de la enseñanza: “En el ejercicio de esta enseñanza conviene que tengamos en cuenta ciertos puntos de referencia que son las metas a las que aspiramos: a) Si hablamos de Renovación Carismática, se trata también de una mentalidad nueva, de acuerdo con las exigencias más genuinas que el Espíritu nos hace sentir hoy: “renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom. 12,2), lo cual invita a “renovar el espíritu de vuestra mente y a revestiros del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4,23-24). Esta mentalidad nueva conlleva “un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (Ez. 18,31; 36,26-27) para poder tener “los mismos sentimientos que Cristo” (Flp. 2,5; Rom. 15,5). Todo esto es adquirir un modo nuevo de pensar, sentir y amar, una “metanoia” o conversión profunda, un cambio en la jerarquía que teníamos de valores y un abandono del espíritu del mundo y de la carne.” Esta primera meta implica ayudar y guiar al cristiano para obtener una verdadera renovación o transformación sobrenatural de su mente, que es el fundamento de la conversión profunda, de un cambio total de rumbo en la vida del creyente. Esta transformación del modo de pensar sólo la puede producir el Espíritu Santo, que irá sustituyendo el modo humano de pensar por las mociones directas que vienen de Él a través de sus siete dones, como veremos con más detalle en el capítulo 4. “b) Hemos de proponernos una línea constante de crecimiento y maduración en la vida cristiana como “imitadores de Dios” (Ef. 5,1) e “hijos de la luz” y “luz en el Señor” (Ef. 5,8) para que nos vayamos llenando “hasta la total Plenitud de Dios” (Ef. 3,19) y lleguemos a “la madurez de la Plenitud de Cristo” (Ef. 4,13). Abunden en

nosotros todos los dones de la mente y del corazón, pero de manera especial “espíritu de sabiduría y revelación para conocerle perfectamente” (Ef. 1,17). Si se va produciendo la transformación de la mente en el cristiano, la apertura a la acción del Espíritu Santo será cada vez mayor, por lo que los dones actuarán en profundidad, cambiando la forma de vivir y



reproduciendo cada vez con más claridad la vida de Cristo en el creyente. Se habrá ido así avanzando en el ciclo repetitivo del crecimiento cristiano: transformación de la mente con el abandono de las ideas y conceptos racionales, apertura a las mociones del Espíritu Santo, vivencia de una vida nueva guiado por estas mociones sobrenaturales. Esto, de cualquier manera, no abarca de una sola vez la totalidad del ser del hombre, sino que se va dando poco a poco en distintas áreas de la vida del cristiano. Los requisitos que deben tener los que enseñen para guiar a los cristianos a estas metas se enuncian luego: “Cada grupo debe hacer un esfuerzo por formar a sus maestros, pedir al Señor los dones que necesitan, desarrollar ciertos programas de enseñanza, recabar de otros grupos la enseñanza más profunda que ellos no pueden dar, profundizar constantemente en la Palabra de Dios, ofrecer material de lectura y grabaciones de charlas. Los maestros o catequistas han de llenarse cada vez más, anhelar que se desarrollen en ellos los dones de la sabiduría, de entendimiento y de ciencia, y en general el carisma de la enseñanza que les capacita para este mismo ministerio. “Hombres fieles, que sean capaces, a su vez, de instruir a otros” (2 Tim. 2,2), que sepan introducir en la mentalidad y en el sentir de Dios, que no sólo hablen a la mente sino al corazón, creando las actitudes del Señor que deben definir la vida del cristiano. Han de haber captado el mensaje del Señor, pero también deben comunicarlo con amor, gozo y atracción espiritual. Insustituible para esto es el estudio, la reflexión, la lectura, la meditación de la Palabra, la oración y la contemplación. Si esto falta, no se hace más que repetir un esquema que se ha aprendido. Pero no ha de ser así, sino “como el dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo” (Mt. 13,52), para que “de lo que rebosa el

corazón hable su boca” (Lc. 6,45).” Se toca aquí el fundamento esencial para la conversión cristiana, necesario en el que enseña el camino hacia la misma para que los demás también lo puedan desarrollar: la acción de los dones “intelectuales” del Espíritu Santo, a saber, inteligencia, ciencia y sabiduría, que irán floreciendo a partir de la apertura a la vivencia de la oración de “contemplación infusa”. 4.

 **Cardenal Joseph Suenens (1973):** Vamos a pasar ahora desde la visión



de la formación que se consideraba necesaria en los principios de la R.C.C. a visiones más globales sobre la Renovación, de algunas de las figuras más destacadas de sus heroicos comienzos. El Cardenal León Joseph Suenens, de Malinas, Bélgica, fue uno de los grandes referentes en las sesiones del Concilio Vaticano II, por sus intervenciones que fueron decisivas para incorporar a los documentos del Concilio la doctrina de los carismas en la Iglesia.

Luego del Concilio el Cardenal Suenens fue nombrado por el Papa Paulo VI su representante personal ante la Renovación Carismática Católica de incipiente surgimiento, puesto que el Cardenal se había integrado a la experiencia carismática. En la fiesta de Pentecostés de 1973 el Cardenal emite una Carta Pastoral, publicada en la revista “Alabaré”, Nº 14, de octubre-noviembre de 1975, donde desarrolla el tema “Volvamos a encontrar al Espíritu Santo”. Comienza la Carta definiendo la importancia de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia: “En las celebraciones litúrgicas de Pentecostés la Iglesia implora: “Envía tu Espíritu para hacernos nuevas criaturas, y Él renovará la faz de la tierra”. Debemos tomar esta oración al pie de la letra. Los sucesos actuales nos fuerzan a implorar la venida del Espíritu Santo con más insistencia que nunca. A la luz de este nuevo Pentecostés, rogamos por el mundo entero, porque sólo el Espíritu de Dios puede infundirle a la humanidad lo que ésta tan vitalmente necesita. Debemos permitirle al Espíritu Santo una mayor influencia, tanto en nuestra vida personal como en la corporativa de la Iglesia; creer en Él como la fuente de nuestra esperanza y la garantía de la renovación que necesitamos.”

La influencia del Espíritu Santo en la Iglesia hoy, tal como aconteció en la Iglesia primitiva, se observa con claridad en la acción de sus carismas, lo que fue puesto de relieve en el Concilio Vaticano II: “Una Iglesia que no reconociera el lugar de los carismas en su vida diaria, sería una Iglesia atrofiada, completamente separada de su fuente de vida. Durante el Vaticano II, la Iglesia indicó con prudencia y confianza su fe en los carismas del Espíritu Santo. Durante los debates del Concilio, algunos dijeron que los carismas pertenecían al pasado de la Iglesia y que deberían permanecer ahí. Pero el Concilio insistió en la tesis de que tienen un valor permanente y presente en la vida de la Iglesia. Necesitamos una combinación de discernimiento y sabiduría en el uso de los dones espirituales, y al mismo tiempo permanecer respetuosos hacia esos dones, no sea que apaguemos o contristemos al Espíritu.” La aceptación de la acción de los carismas en la Iglesia debe llevar a un equilibrio con la acción institucional o jerárquica de la Iglesia, ya que ambas son manifestaciones del único Espíritu Santo: “Es cuestión de respetar tanto el carácter visible como el institucional de la Iglesia y también su carácter espiritual, invisible y carismático. No son dos iglesias –una visible y otra invisible-. Hay sólo una: la Iglesia de Jesús encarnado, resucitado e invisiblemente presente entre nosotros por el Espíritu, hasta la consumación de los siglos. Seguramente puede haber, y ha habido, tensiones entre los movimientos del Espíritu que le piden a la Iglesia fidelidad al Evangelio, y la prudencia, lentitud, o las fallas de los que tienen que velar por su evolución. Pero es el Espíritu mismo el que quiso esos dos aspectos complementarios para el bien de la Iglesia.” El Cardenal considera que la R.C.C. es consecuencia del Concilio Vaticano II y respuesta del llamado del Papa Juan XXIII: “Al iniciar el Concilio, el Papa Juan XXIII estaba consciente que la Iglesia necesitaba un nuevo Pentecostés. Ahora, mirando hacia atrás, podemos decir que el Concilio, al indicar su fe en los carismas, hizo un gesto profético y preparó a los cristianos a recibir la Renovación Carismática que se está esparciendo por todos los cinco continentes. La Renovación Carismática no es un movimiento nuevo, sino una corriente de gracia que espontáneamente forma un nuevo tipo de grupo de oración en todas partes.



Los cristianos se unen para orar juntos como hacían las primeras comunidades cristianas. Estos grupos confían que la presencia del Señor, obrando a través del Espíritu Santo, renovará toda vida.” Tenemos aquí una definición de la Renovación Carismática Católica que a su vez aclara la esencia de la misma, que se hará clásica en la Renovación: “La Renovación Carismática no es un movimiento nuevo, sino una corriente de gracia que espontáneamente forma un nuevo tipo de grupo de oración en todas partes.” Quedan delineados los elementos básicos de la RCC: No es un movimiento fundado por hombres, sino una gracia del Espíritu Santo para la Iglesia de hoy. Esta “corriente de gracia” es espontánea y surge en todos lados. * Lleva fundamentalmente a un redescubrimiento y valorización de la oración, más allá del rezo tradicional. * Agrupa a los cristianos según el concepto de comunidad. Finalmente el Cardenal Suenens habla de la meta o fin de la Renovación Carismática: “La meta del Movimiento Carismático no es crear una institución paralela, sino de ofrecer una mejor vida espiritual a los cristianos de hoy. No reemplaza o sustituye lo que otros están haciendo o experimentando en la Iglesia. Ansiosos de evitar centralizarse en sí mismos o de dedicarse a una vida de oración apartada de la vida de la Iglesia, tratan de darle libertad al Espíritu que, viniendo de Dios, quiere abarcar todas las implicancias concretas de la cristiandad vivida en el mundo de hoy. La Renovación Carismática es un don a la Iglesia post-conciliar. Pero para que esta gracia sea fructífera y duradera, es necesario que se desarrolle desde un principio en completa armonía con la Iglesia institucional.” El concepto final es sumamente importante, en cuanto a lo que hará que esta “corriente de gracia” de frutos y sea realmente duradera: deberá desarrollarse en completa armonía con la Iglesia institucional. Significa que la R.C.C. no es algo que reemplaza a otras cosas que se están haciendo en la Iglesia, sino que busca renovarla desde su misma esencia católica, “ofreciendo a los cristianos de hoy una mejor vida espiritual”.

 **P. Heribert Mühlen** (1974): Otra de las figuras importantes de los inicios de la Renovación Carismática fue el P. Heribert Mühlen, considerado uno de los principales teólogos del Espíritu Santo de la Iglesia Católica de hoy, que conoció en 1974 a la Renovación Carismática y se fue convirtiendo poco a

poco en uno de sus grandes teólogos. En la revista "Alabaré", N° 12, de junio-julio de 1974, se publica una entrevista de Ralph Martín, editor de la revista "New Covenant", al P. Mühlen. Tomaremos algunas de las respuestas que dio el sacerdote a las preguntas de Ralph: "Pregunta: ¿Qué cambios has observado en tu vida desde que te involucraste personalmente en la Renovación? Respuesta: Para mí el Bautismo en el Espíritu Santo ha sido un proceso gradual por un período de seis a ocho meses. Ahora hago más oración y leo las Escrituras, no sólo con interés científico, sino también para responder personalmente al Señor que nos habla en ellas. También me encuentro atraído a los círculos de oración y siento un creciente gozo de estar con otros cristianos sencillamente como hermanos cristianos y no como algo tan imponente como un profesor de teología dogmática. Pregunta: ¿Cuáles son algunas de las implicancias que ves que tendrá la Renovación Carismática para la Iglesia en general? Respuesta: Ahora mismo se me ocurren tres cambios mayores. El primero es que debemos admitir que en la Iglesia de hoy ni la mayoría de los cristianos ni muchos sacerdotes hacen oración. Esto, por lo general, tiene su raíz en una falta o en una inseguridad de la fe. Creo que la Renovación Carismática está dando y restaurando una verdadera seguridad en la fe y por consiguiente está haciendo surgir una renovación profunda de la oración y testimonio de misión. La segunda implicancia es que veo en la Renovación Carismática como cambian los papeles de sacerdotes y obispos sin que haya conflictos, manipulación política o presión. Los sacerdotes y los obispos necesitan ser parte de la comunidad cristiana, sin estar aislados de ella; necesitan estar con el pueblo y ser parte de él. Entonces el problema de autoridad sería en efecto muy diferente. En la Renovación Carismática veo surgir un patrón de vida eclesial del Nuevo Testamento por el poder del Espíritu Santo y lo veo llegar pacíficamente. Lo tercero es que veo más claramente que la teología tiene que ser reflexión sobre experiencia real y no solamente un ejercicio o invención puramente intelectual. Veo como la teología está siendo



profundamente transformada por la Renovación Carismática. Si de veras la teología habrá de ser vivificante y estar en contacto con la realidad, debe comenzar con una experiencia de Dios, no con una reflexión filosófica del ser absoluto. En el futuro la teología debe empezar como lo fue en el Nuevo Testamento, con la experiencia de la estada del espíritu Santo en la comunidad cristiana. La doctrina y persona del Espíritu Santo no es otra doctrina entre muchas, sino una doctrina y realidad fundamental en la Iglesia. Una renovación en la vida del espíritu como empezamos a experimentarla ahora habrá de afectar no solamente un sector de la vida de la Iglesia o la teología, sino su totalidad.” La visión del P. Mühlen sobre la implicancia que tendrá la renovación en la vida de la Iglesia se resume en tres puntos principales, que influyen en tres áreas básicas de la Iglesia y de la vida cristiana: la vuelta a una vida de oración, que lleva a una mayor seguridad en la fe; la integración mayor de la jerarquía de la Iglesia en la comunidad cristiana; una renovación profunda en la teología, que va pasando de ser más una especulación intelectual a una verdadera experiencia de Dios, a partir de la vivencia renovada de la acción y la presencia del Espíritu Santo. Por lo tanto la Renovación toca profundamente toda la vida de la Iglesia. “Pregunta: ¿Podrías elaborar más sobre el nuevo patrón de vida eclesial que ves surgir de la Renovación Carismática? Respuesta: Seguramente. Creo que la Renovación Carismática es la respuesta de Dios al llamado del Concilio con relación a una manera más colegial, fraternal y comunal de tomar decisiones y ejercer autoridad en la Iglesia. Mayormente el estilo de organización eclesiástica hoy en la Iglesia se basa más en las estructuras del monoteísmo del Viejo Testamento y las líneas de organización de la Roma Imperial que en un modelo más distintivo del Nuevo Testamento, trinitario. Cuando se ve a Dios como uno (y no también como tres) es entonces más fácil sentir la necesidad de tener un obispo, un emperador, una manera de hacer las cosas. Cuando se ve a Dios como una comunidad de personas resulta más propio hacer las cosas comunitariamente.

Cuando se estaba forzando la estructura de la Iglesia en los comienzos del



siglo II, no se enunciaba la gran percepción trinitaria. Al ser enunciadas en el siglo IV, era muy tarde para influenciar un estilo ya fijo de hacer las cosas. A medida que ha corrido el tiempo, esa falta de comunidad en nuestra doctrina básica de Dios y la subsiguiente reflexión en el estilo y organización eclesial, ha resultado en un catolicismo popular que considera la Iglesia principalmente como el Papa, el obispo y el sacerdote, y oscuramente el laico. Debemos dar gracias a Dios que le vemos actuar de tantas formas para corregir ese desarrollo trágico, avivar todo su pueblo por el poder del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es simplemente un "Él", sino un "nosotros": el Padre y el Hijo viniendo a nosotros, el diálogo entre el Padre y el Hijo. Visualizo al Espíritu Santo como "nosotros" divino, tan intensamente nos hace presente el Espíritu al Padre y a Jesús, y es tan diáfano en sí mismo. Él es el "nosotros" que nos hace pueblo de Dios, uno con el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo es también el "nosotros" eclesial. Cuando decimos "nosotros" los cristianos, o "nosotros" el pueblo de Dios, es el Espíritu Santo en nosotros que nos capacita a decir "nosotros". Es una persona en muchas personas en la Iglesia, una persona en otras dos personas en la Trinidad. Estamos en medio de un cambio de época en la Iglesia. Estamos experimentando algunos resultados del apropiarnos más plenamente de la situación de pasar de la antigua a la nueva alianza. En el Antiguo Testamento Dios moraba en un templo hecho por manos. En el Nuevo Testamento Dios moraba en Jesús, el nuevo templo, y según nos unimos a Jesús Dios habita en nosotros; somos el nuevo templo de Dios en la tierra. Por eso es tan importante que sepamos que primariamente Dios no está presente en edificios, sino en nosotros, el pueblo de Dios. Es por eso que aún cosas comparativamente menores como la creciente aceptación en la Iglesia universal de que los fieles reciban la comunión en la mano, resulta trivial en algunos aspectos, pero en otros es muy significativo. Revela un cambio de mentalidad. Lo que digo, básicamente es que el redescubrimiento de la doctrina plena de Dios, la Trinidad, incluyendo el pleno y profundo papel que ejerce el Espíritu Santo, tiene profundas implicaciones para la Iglesia. En los libros tradicionales de texto, la Trinidad es solamente una doctrina intelectual sin consecuencias para la piedad, ni la estructura eclesial, ni el estilo de vida. Aún hoy en realidad la Trinidad no funciona en muchos aspectos de la Iglesia sino como teoría. Por ejemplo, la Trinidad no es el fundamento de la teología

de Santo Tomás de Aquino. Para él la base es el hecho de un solo Dios, el monoteísmo, y eso tiene su influencia en toda la vida católica. No digo que necesitemos una democratización de la Iglesia, sino más bien un soplo, una pneumatización, un influjo del Espíritu en la Iglesia. En todo el mundo alborea una nueva época. En el plano secular, terminó la época de los reyes y emperadores; en la Iglesia también alborea una nueva época, la época del Espíritu.” El P. Mühlen precisa que la influencia de la Renovación en la Iglesia llevará a un cambio en la vida eclesial, llevándola a un esquema más comunitario y fraternal. Sobre todo este teólogo, a partir de la experiencia del Espíritu, ve un cambio en cuanto a la percepción de Dios, con una apertura a la visión trinitaria de la deidad, pasando a una visión mucho más acorde al Nuevo Testamento. Esta visión trinitaria está cambiando la percepción de Dios, como un “nosotros” y no un “Él”, lo que lleva también a sentir una pertenencia a la Iglesia como pueblo de Dios, lo que va cambiando el sentir popular de que la Iglesia está formada por el Papa, los obispos, los sacerdotes y los religiosos, e inserta a todos los fieles laicos que así lo sienten en el Cuerpo, en forma activa y comprometida. La gran separación entre “jerarquía” y “laicos”, y la consiguiente “diferencia” espiritual entre ellos se está derrumbando, por la acción poderosa del Espíritu Santo

que sopla donde quiere y como quiere. Obviamente, y como ya lo hemos visto, esto no implica la supremacía de una Iglesia “carismática” sobre la Iglesia “jerárquica”, sino un gran equilibrio entre estas dos dimensiones necesarias en la Iglesia de Cristo.



🌀 **Steve Clark** (1974): Otro artículo interesante es el publicado en la revista “Alabaré” N° 10, de febrero-marzo de 1974, extractado de un libro de Steve Clark, “Hacia dónde vamos”. El título del artículo es “Una visión de lo que el Señor quiere hacer”, y el autor, coordinador de una de las primeras comunidades de la R.C.C., la de Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos,

presenta su visión de lo que siente que Dios pide a la Renovación: “La Renovación Carismática en la Iglesia Católica se ha convertido en el suceso más vital de la cristiandad contemporánea. Este movimiento que se está esparciendo por todo el mundo ha encontrado acogida entre todo tipo de personas y en todos los niveles de la Iglesia. La jerarquía le ha mostrado una notable apertura. Sin embargo, si los que desempeñamos posiciones de responsabilidad dentro de la Renovación queremos servir al Señor y estar disponibles para cumplir su propósito, debemos entender este crecimiento y desarrollo como una llamada a buscar la dirección del Señor. Dios está claramente haciendo algo significativo. Está derramando su Espíritu en una forma poderosa y tocando la vida de miles de personas. Por lo tanto, es importante que nos pongamos al servicio de lo que Él está haciendo y que llevemos a cabo Su plan y no el nuestro. Una visión que nos guíe nos puede ayudar a elegir el camino correcto con mayor confianza. El Señor, a menudo, da a su pueblo semejantes visiones, como lo hizo en la segunda mitad del libro de Isaías y en el libro del Apocalipsis. Las siguientes observaciones expresan algo de una visión que puede servir de guía a la Renovación Carismática hoy día: Nuestra meta debe ser una renovación de toda la vida cristiana en el poder del Espíritu y no la formación de un movimiento Católico Pentecostal. Creo que cometeríamos un grave error si nos conformáramos con un movimiento Carismático Católico. El Señor quiere mucho más que esto. Él quiere renovar carismáticamente toda su Iglesia, quiere que cada persona en su Iglesia reciba el bautismo en el Espíritu y que experimente sus dones. Aún más, quiere que cada parte de la vida de la Iglesia sea vivida en el Espíritu. Quiere que el Espíritu forme y guíe todo lo que se haga en la Iglesia. El Señor quiere formar un cuerpo en el cual católicos, ortodoxos y protestantes encuentren no solamente su unidad original, sino que lleguen a tener una unidad mayor en el Espíritu Santo. En otras palabras, el Señor no quiere solamente “individuos tocados por el Espíritu” o “bendecidos”, Él quiere transformar todas sus vidas y toda la vida de la Iglesia. Debemos esperar el día en que todos nuestros papas y obispos sean no solamente buenos cristianos, sino hombres que hacen milagros (como pedimos que sean cuando son consagrados) y que guíen la Iglesia con poder y audacia carismáticos. Debemos esperar ver el día cuando los cristianos vivan en tal unidad y poder que su problema no sea preocuparse

de una falta de respuesta del pueblo, sino qué hacer con los grandes números de personas que se acercan a ellos y quieren servir al Señor. Debemos esperar ver una Iglesia que sea todo lo que el señor quiere que sea.” Steve dice que “la renovación Carismática en la Iglesia Católica se ha convertido en el suceso más vital de la cristiandad contemporánea”. Si el Espíritu está haciendo algo tan significativo en la Iglesia es porque tiene un gran plan, y es imprescindible descubrirlo con claridad para llevarlo a cabo, y no caer en planes humanos que, aunque sean buenos, no irán en la dirección que quiere Dios. La visión que tiene el autor del plan de Dios la desarrolla en cinco puntos:

- **1.** Primero lo plantea como una meta de la Renovación: renovar toda la vida cristiana en el poder del Espíritu Santo, y no formar solamente un movimiento pentecostal católico. Dios quiere renovar carismáticamente su Iglesia, hacer que cada fiel reciba el “bautismo en el Espíritu”, y experimente el poder y la acción de los carismas y dones del Espíritu Santo. Una consecuencia de esta meta queda planteada en el segundo punto.
- **2.** Debemos dejar de identificarnos como pentecostales para identificarnos como cristianos que están descubriendo como vivir y servir “en el Espíritu”. No digo que hay algo malo en la palabra “pentecostal”; es un buen nombre y se refiere a una dimensión esencial del cristianismo. No digo que haya algo malo con los círculos de oración pentecostales; han contribuido grandemente a revivir la fe cristiana en personas que la habían perdido, o que habían perdido su entusiasmo por ella. Tampoco digo que está mal que la gente ponga toda su atención en el bautismo en el Espíritu y sus dones espirituales al principio. Algunos grupos cometen el error de querer caminar muy de prisa y pierden lo que tenían al comienzo. Como tampoco digo que no debemos ser por un tiempo un grupo especializado. Lo que quiero decir es que debemos hablar de otra forma sobre lo que está sucediendo entre nosotros. Debemos referirnos a



nosotros mismos y pensar que somos sencillamente cristianos que han descubierto algo que es normal en la vida cristiana. Cuando digo esto no quiero decir que estar bautizado en el Espíritu y experimentar los dones espirituales es normal en los cristianos de hoy ni que de hecho le está sucediendo a la mayoría de ellos. “Quiero decir sencillamente que estas cosas son supuestamente normales en todos los cristianos.” Es necesario identificarse como cristianos y no como pentecostales, en el sentido que hay que entender claramente que lo que ocurre en la Renovación Carismática no es más que el redescubrimiento de lo que debería ser normal en la vida cristiana, y que hoy no existe ya masivamente entre los fieles.

- **3.** Debemos comprender que lo que sucede entre nosotros es una renovación y no un movimiento. En la etapa de desarrollo en que se encuentra actualmente la Renovación necesita ser un movimiento. Esto es algo nuevo que el Señor está haciendo, y para que pueda crecer y desarrollarse debemos comenzar con un movimiento especializado. Pero lo que está sucediendo es mucho más significativo que la formación de un movimiento. Dios está renovando completamente Su Iglesia en todos los aspectos, y para que eso llegue a ser realidad está derramando su Espíritu. El Señor ha dado a este movimiento del que somos parte, un papel importante a jugar en su obra de renovación. Está obrando a través nuestro para restaurar una dimensión importante de la vida cristiana. Nuestra meta no debe ser usar lo que el señor nos ha dado para crear un movimiento poderoso que perdure a través de los siglos. Nuestra meta debe ser llegar a ver un poder y vida nuevos que afecten todos los aspectos de la Iglesia. En otras palabras, nuestra meta debe ser la renovación carismática de toda la Iglesia.” La segunda consecuencia de la meta de la RCC, que es renovar toda la Iglesia, es comprender con claridad que la Renovación no es un movimiento más en la Iglesia, sino que es una renovación de toda la vida de la Iglesia, en sus distintos aspectos.
- **4.** A medida que avanzamos en la Renovación Carismática debemos ser completamente católicos en nuestra participación y actividades en la Iglesia Católica. En estos días es fácil llegar a un desamor en nuestras relaciones con la Iglesia Católica; en nuestra participación y actividades en ella. Existen hoy día muchas personas insatisfechas con la falta de vitalidad espiritual en todas las iglesias, y esto los lleva a una actitud anti-institucionalista y a un

espíritu crítico. Algunas personas con este desamor se quedan en las iglesias pero su actitud es de trabajar en ellas como un “cuerpo extraño” o un grupo de guerrilla dentro de ellas. Católicos con este desamor a menudo se quedan en la Iglesia Católica no porque son “de la Iglesia Católica”, sino porque quieren cambiarla o influirla. No pertenecen a ella de corazón. El Señor nos está llamando a quedarnos en la Iglesia Católica de todo corazón. Nos pide que seamos miembros fieles llenos de un verdadero amor a ella y una fidelidad a sus líderes. Eso no quiere decir que no veamos lo que anda mal en ella, ni lo que claramente debe cambiar. No quiere decir que no podamos estar en desacuerdo con sus líderes, ni desear otro tipo de liderazgo. Quiere decir que debemos servir dentro de la Iglesia como miembro comprometido y no operar como guerrillas dentro de ella. Vemos aquí expresada otra actitud fundamental que se deriva de la meta de la RCC, que es la plena catolicidad de la Renovación, con su inserción profunda en la vida, actividades y espiritualidad de la Iglesia. El cambio en la Iglesia que debe generar la Renovación debe ser “desde adentro”, desde su misma esencia, y no desde afuera, como una “guerrilla” que sólo quiere cambiar y reemplazar cosas que considera que están mal. Esta es una visión fundamental que se debería tener siempre presente en la Renovación: no llegó a la Iglesia para desechar cosas, o cambiar radicalmente otras, ni para desafiar o enfrentar a la jerarquía, sino que debe insertarse en el mismo corazón de la Iglesia, y mantener siempre un convencimiento de pertenencia y fidelidad a ella.

- **5.** A medida que avanzamos en la renovación carismática de la Iglesia, debemos fomentar la unidad de todos los cristianos, católicos, protestantes y ortodoxos, en el único Espíritu, sin subrayar viejas divisiones. Hace años ya que el Concilio Vaticano II comprometió la Iglesia a hacer ecumenismo. Esto para nosotros significa que debemos preocuparnos por renovar la Iglesia Católica sin cerrarnos a la futura unidad de todas las iglesias ni a la posibilidad de unidad entre los cristianos carismáticos de hoy. Es fácil caer en la tentación de pensar que semejante unidad es imposible, o que de ser posible tardará mucho tiempo. Pero debemos tener fe en el Señor, debemos creer que Él tiene el poder para hacer de esto una realidad, sin perder nada de la plenitud del cristianismo. No debemos limitar al Señor por nuestra falta de fe.” La última consecuencia que aporte Steve Clark de las que deberían

surgir de la meta de la renovación es un verdadero avance en el ecumenismo, en la unidad de todos los cristianos. Es este también un gran desafío que enfrenta la Renovación Carismática, aunque parezca tan difícil visto según la mirada humana, pero para el poder de Dios nada es imposible.

 **P. Ignacio Díaz de León (1977):** En el N° 44 de septiembre-octubre de 1977 de la revista “Agua Viva”, de la Renovación Carismática de México, su Director, elñjh P. Ignacio Díaz de León, plantea en un interesante artículo lo siguiente: “La Renovación Carismática no es un fin en sí misma ¿Cómo entenderla?”. Se dan algunas precisiones importantes sobre el fin de la Renovación Carismática, y cómo hacer para entenderlo con claridad: “Muy a menudo a los carismáticos nos sucede lo que a aquel aldeano proverbial a quien, decía él, los árboles no lo dejaban ver el bosque. Me refiero a quienes empeñados con entusiasmo en la obra de su renovación espiritual, en virtud de las gracias y carismas del Espíritu no han distinguido con claridad lo accidental de lo substancial de esa nueva etapa de su vida cristiana. Cuando yo era estudiante me enseñaron que un buen método para entender lo que es una cosa, consiste primero en entender qué no es aquello. Veamos lo que no es la Renovación Carismática. Nos equivocamos si pensamos que la Renovación Carismática es el compromiso de asistir muy regularmente a las asambleas y reuniones de oración, y a los congresos si los hay, y de participar en ellos alabando al Señor con cantos, batir de manos, e intervenciones personales las más oportunas. La Renovación Carismática no tiene como fin el asegurarnos nuestra salvación personal medrando serenamente en el grupo de oración, apoyados y edificados por nuestra pequeña comunidad. La renovación Carismática no debe, ni siquiera a los dirigentes más comprometidos, sustraerlos de sus obligaciones profesionales, familiares o apostólicas. Es cierto que habrá personas que se sientan llamadas a trabajar a tiempo completo en la Renovación. Se trata de casos de excepción pero perfectamente válidos sobre todo si la comunidad es la que los llama a este desempeño. No creo que sería según el Espíritu que alguno se desentendiera de sus deberes para con la familia o el trabajo por andar metido en ministerios carismáticos. Lo primero es siempre lo primero. Comenzando por lo que no es

la renovación Carismática, el P. De León recuerda que no debemos ver a la Renovación solamente como la asistencia a grupos o asambleas de oración, a cantar y alabar en ellos, para buscar allí exclusivamente la salvación personal, ni debemos sentirnos tentados a desatender las propias obligaciones familiares o profesionales en aras a la asistencia y al trabajo en el grupo de oración, porque allí nos sentimos bien, somos reconocidos, somos útiles. Sería quedarnos exclusivamente con la idea que tuvo Pedro ante la Transfiguración de Jesús, y decir “acá estoy tan bien, esto es tan distinto del mundo donde vivo todos los días, que voy a instalar mi carpa y me voy a quedar para siempre.” Hay que tener cuidado que el descubrimiento de la experiencia carismática y de la vida cristiana comunitaria no se transforme en un pretexto muy bueno y válido para evadirse de los problemas y dificultades de la vida cotidiana, por ejemplo, de escaparle a un esposo gruñón y malhumorado, o a una esposa mandona y fanática del orden. Más adelante el P. De León plantea lo que sí es la Renovación Carismática, y cuál es su fin: Hay múltiples maneras de describir la Renovación Carismática. El nombre mismo ya nos sugiere con claridad su naturaleza. Una renovación es un cambio. La Renovación Carismática es un cambio, un nuevo ritmo en tu vida cristiana, en tus relaciones con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero el cambio consiste además en la experiencia de especiales gracias y carismas que el Espíritu distribuye para alcanzar sus fines. Por eso se le llama Renovación Carismática. De esa experiencia de los carismas se concluye que el fin que el Señor persigue al renovar a su Iglesia está más allá de la santificación de los individuos o de ciertos grupos y comunidades dentro de la Iglesia y del mundo. Él quiere “renovar la faz de la tierra. Él quiere servirse de nosotros para hacerse presente en todos los rincones donde viven y trabajan los hombres. Zaqueo y su casa son figuras proféticas del hombre y del mundo de hoy. A aquél Jesús le está diciendo por su nombre: “Zaqueo, conviene que yo hoy visite tu casa. Quiero entrar ahí y santificarla, transformarte a ti y a toda tu casa.” Dios tiene necesidad de los hombres. Quiere contar no sólo con los obispos y los sacerdotes y los diáconos. Los seculares son también su Iglesia. Los signos de los tiempos son muy elocuentes: crecimiento demográfico irrefrenable, escasez de sacerdotes, escasez de vocaciones, avidez de los fieles por la Palabra de Dios y por la gracia de los sacramentos... ¿Comprendemos porqué está llamando a esta

renovación espiritual a médicos, arquitectos, empleados, empresarios, estudiantes, ingenieros, enfermeras, maestras, directores de escuela, jesuitas, dominicos, obispos y sacerdotes diocesanos, etc.? En todos ellos, por la conversión radical y el bautismo en el Espíritu Santo, el Señor induce un dinamismo nuevo en la fe, la caridad y la esperanza. Establece un nuevo orden de las cosas: ahora sí Jesús es el Señor. Ahora nos dejamos mover por el Espíritu. Ahora sí tenemos vida de oración, y amor a la Palabra de Dios. Ahora sí estamos dispuestos a servir a los hermanos, y de hecho los servimos. La descripción que da el autor de lo que es la Renovación Carismática es muy simple y clara: es un cambio en la vida cristiana que lleva a una relación más profunda y vivencial con Dios Trinidad, con la experiencia cierta de las gracias que derrama el espíritu Santo, sus dones y carismas. El P. De León subraya que precisamente la presencia de los carismas define que el fin de la RCC es una renovación y edificación de la Iglesia, fin que va más allá de la santificación personal de individuos o comunidades. Esta renovación de la Iglesia se producirá por el dinamismo de todos los fieles, jerarquía y laicos, al vivir más plenamente la vida cristiana recibida en los sacramentos. El autor termina el artículo con una visión hacia donde debe ir la Renovación Carismática, manteniéndose fiel a su fin: La Renovación Carismática pues, no es un fin en sí misma. El Espíritu Santo nos renueva para que pasemos de la tibieza, al fervor y a la santidad, y de este modo santifiquemos el medio en que vivimos y trabajamos. Así se explica que todos los bautizados, por más peculiar que sea su vocación en la tierra: un fraile franciscano, una monja contemplativa, un funcionario de gobierno, un empleado, un comerciante, una universitaria, todos absolutamente puedan y deban en virtud de su renovación carismática, renovar y santificar su medio ambiente. Me atrevo a decir que cuando han entendido y empezado a vivir, con esta mentalidad, su vocación bautismal, ellos mismos son carismas personificados, ya que todo su vivir bajo el señorío de Cristo y al impulso del Espíritu, edifica a la Iglesia y concurre al bien de la comunidad. Es preciso, pues, perseverar en la Renovación Carismática, camino de nuestra perfección cristiana por el cual nos impulsa el Espíritu Santo; es preciso ser fieles a nuestras reuniones de oración y a nuestras asambleas. En ellas no sólo recibimos, sino tenemos el privilegio de dar y apoyar a nuestros hermanos. Pero sintámonos, sobre todo, llamados a dar el alegre testimonio de nuestra fe

en el área de nuestro trabajo, en la universidad, en el propio medio familiar. Es el Señor Jesús el que nos ha elegido y nos ha destinado para que vayamos y demos fruto, un fruto que permanezca.” Está claro de todo esto que la Renovación no se puede quedar como un fin en sí misma. Debe propender a una verdadera búsqueda de la santidad de los individuos, pero esta santidad debe influenciar fuertemente a la Iglesia a la que pertenecen, y al medio ambiente en que viven y desempeñan sus tareas.



🔗 **Revista “Agua Viva”** (1983): También en la revista “Agua Viva”, N° 80 de septiembre-octubre de 1983 se publica un artículo editorial titulado “Renovación sí, Renovación no”, donde asimismo se analiza muy a fondo qué es y qué no es la Renovación Carismática: Muchos de los prejuicios que hay en contra de la Renovación espiritual carismática que avanza por todas partes, obedecen a las ideas inexactas y aún falsas que se han divulgado acerca de su esencia, de sus

objetivos, y de sus medios de acción. Por eso es muy necesario aclarar conceptos y clarificar situaciones para poder emitir un juicio objetivo y realista. Lo menos que puede pedirse a una persona seria, es que no se declare, ni a favor ni en contra de la Renovación, antes de saber de qué se trata. Veamos primero qué no es la Renovación:

1. No es un movimiento más. El Cardenal Suenens escribió en su Carta Pastoral para Pentecostés de 1973 lo siguiente: “Digamos de una vez que no se trata de un Movimiento nuevo en el sentido usual del término, sino de una corriente de gracia que el Espíritu Santo hace surgir por todas partes”. Muchos quieren encuadrar la Renovación en los límites, siempre estrechos como lo son todos, de un nuevo movimiento apostólico. Esta es una equivocación que ojalá evitemos. La Renovación espiritual debe llegar a todas las personas, a todas las instituciones y a todas las organizaciones apostólicas y no apostólicas. La

Renovación se verá frenada desde el momento en que se la ate y limite dentro de un movimiento. Perderá gran parte de su fuerza y de su agilidad. A continuación se enfoca uno de los puntos que ya hemos visto reiterados en opiniones anteriores y que, sin duda, fue una preocupación central en los inicios de la RCC: no debe ser un movimiento más en la Iglesia Católica. Hay un segundo punto muy interesante respecto a lo que no es la Renovación Carismática...

2. No es principalmente Carismático. Con frecuencia se une el término “carismático” al de movimiento. ¿Qué opina usted acerca del Movimiento Carismático? Le preguntan a uno con frecuencia. Me gusta el Movimiento Carismático, dice uno, mientras que otro dice: lo encuentro peligroso, etc. Etc. Aclaremos este aspecto. La Renovación que el Espíritu Santo está “suscitando hoy visiblemente en las regiones y ambientes más diversos” (Pablo VI), contiene un elemento muy importante cual es el carismático, pero no tiene allí su elemento principal. La Renovación es Carismática, pero no primordialmente carismática. Menos aún, es exclusivamente carismática. Es carismática porque



como sabiamente lo expresó El Concilio Vaticano II: “El Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al pueblo de Dios mediante los sacramentos y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Cor 12,11) sus dones, con lo que les hace aptos y prontos para ejercerlas diversas obras y deberes que

sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia (Lumen Gentium N° 12). Se equivocan tanto los que quieren que la Iglesia sea únicamente institucional, como los que anhelan que sea solamente carismática. No podemos plantear la pregunta ¿si la Iglesia de Cristo debe ser institucional o carismática? Por voluntad del Señor es y debe ser siempre institucional y carismática. Una Iglesia meramente institucional moriría de arteriosclerosis, y una solamente carismática pararía en un manicomio. La apertura a los carismas, sin excluir a ninguno de ellos, es uno de los elementos principales de la Renovación Espiritual. Pero la luz del Espíritu Santo da a conocer su justo

valor para evitar la exageración en cualquier sentido.” Aquí, en el concepto que la Renovación no es principalmente carismática, está una de las claves fundamentales que incidirán en el alcanzar o no el fin para el cual fue suscitada por el Espíritu Santo. Si la RCC se queda solamente concentrada en la acción de los carismas, en especial en los extraordinarios como lenguas, sanación, liberación, profecía, milagros, etc., no dejará de ser algo “raro”, que estará como apartado de la vida de la Iglesia tradicional; será como una isla, donde algunos iniciados experimentan cosas que el resto de los creyentes ni siquiera entienden bien de que se trata. Por eso es tan importante ver que los carismas en la vida de la Iglesia no son más que medios aptos para la evangelización, en primer lugar, y luego, para la edificación de la comunidad cristiana.

3. Renovación no es sinónimo de Grupos de Oración. Muchos confunden la Renovación Espiritual con los “Grupos de Oración”. Es verdad que éstos desempeñan en ella un papel muy importante, pero no se identifican con ella. Son un elemento muy valioso, pero no son el todo. Su importancia en todas las etapas de la renovación es muy grande, y por eso son cada día más apreciados. La oración compartida es uno de los grandes beneficios del Señor en este momento. Los demás elementos que integran un Grupo de Oración son muy valiosos. Más la renovación abarca todo el día, toda la vida y toda la persona. Es una acción del Espíritu Santo que no queda enmarcada en determinada actividad, sino que las trasciende. Tiene que ser permanente y no puede limitarse a unas cuantas horas diarias o semanales.” Este tercer punto, que parece tan simple, es, sin embargo, muy valioso y debe ser tenido especialmente en cuenta. No se puede pensar que la Renovación Carismática, su influencia en los fieles, comienza y termina en el grupo de oración o en un retiro espiritual, en el tiempo que se pasa allí. La acción del Espíritu santo que se pone en movimiento en cada uno, debe guiar y abarcar la vida entera, cada hora del día, y debe impregnar las enteras actividades de la persona. Un fruto que da la Renovación Carismática es precisamente el abolir la diferencia que hacen la gran mayoría de los fieles católicos, que separan el tiempo de “dedicarse a Dios” (por lo usual la misa dominical, y eventualmente alguna otra actividad eclesial o devoción) con el tiempo de hacer “las otras cosas”, que abarca, en la práctica, casi toda su jornada. Los que experimentan la Renovación en el Espíritu van sintiendo y viendo que esa separación se va

esfumando, y que la presencia de Jesucristo como Señor y la acción poderosa del Espíritu Santo van impregnando e influenciando las distintas actividades y momentos de su vida diaria.

4. No pretende monopolizar al Espíritu Santo. No faltará quien afirme que la Renovación Espiritual Carismática quiere monopolizar la acción del Espíritu Santo y que ella se cree dueña exclusiva de Él. Tal concepción no pasaría de ser infantil. Sabemos que la acción santificadora del Espíritu Santo empieza en todos desde el bautismo



y prosigue a lo largo de la vida. Pero también estamos comprobando que esa acción del Divino Espíritu es “ahora en cierta manera identificable”, como lo afirmó Pablo VI en su catequesis de mayo de 1973, y que la renovación que está realizando en la Iglesia en este momento es extraordinaria. Un conocimiento más profundo de la Persona y de la acción del Espíritu trae ahora beneficios muy señalados. Creo que se está cumpliendo el deseo del Santo Padre cuando dijo: *“A la Cristología y especialmente a la Eclesiología del Concilio, debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo sobre el Espíritu Santo, justamente como complemento que no debe faltar a la enseñanza conciliar. Esperamos que el Señor nos ayude a ser discípulos y maestros de esta su escuela posterior”* (Audiencia del 6 de junio de 1973). Quien verdaderamente posea el Espíritu del Señor y se deje conducir por Él, admirará su multiforme y maravillosa acción en todas las personas y en todas las organizaciones pastorales. La luz del Espíritu Santo lo aclara todo y jamás enseguece. La estrechez de criterio aparece en nosotros cuando nos apoyamos solamente en criterios humanos que son siempre carnales y no nos dejamos conducir por la verdad del Espíritu del Señor. Cuando alguien mira desde fuera la Renovación Carismática y empieza a racionalizar no la comprende, ni la aprecia. Es imposible percibir su valor sin la luz del Espíritu y sin una vivencia personal.” Lamentablemente, en mis años en la Renovación Carismática, he escuchado más de una vez a sacerdotes diciendo “ustedes los carismáticos, los que tienen el Espíritu Santo”. Yo entiendo que quizás querían

decir “ustedes que conocen y experimentan el Espíritu Santo”, pero a veces todo queda como si realmente la Renovación tuviera una especie de monopolio del Espíritu, ya que tampoco los destinatarios de expresiones como esas suelen aclarar mucho el tema, quizás porque los hace sentir “distintos”, e inclusive superiores al resto de los fieles, lo que alimenta algún resabio de soberbia espiritual que siempre existe. Es fundamental que en la Iglesia se vuelva a la noción clara de que lo “normal” en un cristiano debe ser su apertura a la acción y experiencia del Espíritu Santo, y no lo contrario.

Luego el artículo plantea en cuatro puntos lo que sí es la Renovación Carismática Católica: Un mejor conocimiento de la Persona y de la obra del Espíritu Santo. Nuestro señor durante sus años de ministerio público habló mucho del Espíritu Santo y de lo que Él debería hacer en su Iglesia. Esta fue la primera etapa. Después de la Ascensión vendría la segunda, cuando lo “derramase” sobre Ella. También ahora la Renovación espiritual comienza generalmente por esa primera etapa. A la luz de la Palabra de Dios y de la copiosa enseñanza del Magisterio, se está efectuando una amplia evangelización acerca del Espíritu Santo y del papel que desempeña en la Iglesia y que ha sido sintetizado de manera admirable por el Concilio Vaticano II en el N° 4 de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia. Cada día se puede decir con menos razón que este “Espíritu Santo es el gran desconocido.” **1.** Lo primero que busca la Renovación Carismática es, al igual que en la enseñanza



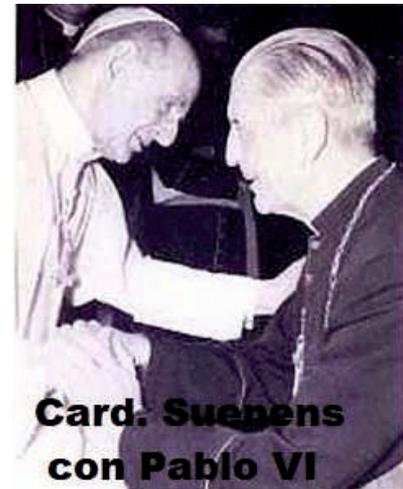


de Jesús, un mayor y verdadero conocimiento del Espíritu Santo, en cuanto a su obra y Persona, como una primer etapa. La segunda etapa será la experiencia de su acción en la vida de cada uno: **2.** Una experiencia profunda de su presencia en nosotros y de su acción en nuestras vidas. Los apóstoles y los demás discípulos que habían escuchado de labios de Jesús una amplia catequesis acerca del Paráclito, recibieron el día de Pentecostés una comunicación admirable de Él. “Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu les otorgaba expresarse” (Hechos 2,4). Esta efusión del Espíritu Santo y la experiencia de su presencia y de su acción en la vida es lo que se vive en la Renovación Carismática.” Una vez que se ha experimentado la vivencia del Espíritu Santo, y la apertura a Él, se inicia el camino de una “vida en el Espíritu”. **3.** Una entrega sin limitaciones a la conducción del Espíritu Santo y una constante docilidad para seguir sus inspiraciones. Para los Apóstoles y para sus compañeros Pentecostés no fue un término, sino el gran comienzo de una nueva vida, la vida en el Espíritu. De idéntica manera, la Renovación Carismática que tiene en la “efusión del Espíritu Santo” un momento muy importante, tiene que convertirse después en una auténtica vida en el Espíritu. “Caminar en el Espíritu” y “vivir en el Espíritu”, son los términos empleados por San Pablo en su Carta a los Gálatas (5,25). Estas deben ser las aspiraciones de quienes comprenden lo que es la Renovación.” Si la entrega y el abandono a la guía del Espíritu Santo son verdaderos y sin limitaciones, se deberá experimentar un crecimiento en el amor de Dios, que llevará no sólo al amor al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino también a la Iglesia, al Papa, a los obispos y sacerdotes, y a la Virgen María: **4.** Es la Renovación del amor en todas sus proyecciones. El Espíritu Santo es el amor en la Trinidad y el encargado de “derramar el amor en nuestros corazones” (Rom. 5,5). Por eso, su principal acción en la persona que lo recibe es la de renovar en ella su amor a Dios, a la Iglesia y a todos sus hermanos. Pablo VI invitó al final del Año Santo a efectuar “La Revolución del Amor”. El Espíritu Santo es quien puede y quiere hacer esta revolución y quien la está adelantando en muchas vidas. Las

personas que se entregan a la acción renovadora del Espíritu Santo experimentan progresivamente cómo crece en ellas el amor al Padre. Comprueban también que crece en ellas un amor a Jesús que no habían sentido ni vivido antes. Jesús se va convirtiendo en el centro de la vida y en la gran obsesión de la existencia. Se crean unas relaciones nuevas con Él y se intensifica la necesidad de conocerle y hacerle conocer, de entregarle toda la vida y estrechar el diálogo amoroso con Él en la oración y en la acción. La Iglesia aparece como la Esposa de Cristo con toda su belleza y santidad y se la mira de manera distinta y se la ama con verdadero amor filial. Un estudiante universitario escribe al respecto: “Como lo hemos descubierto muchos de nosotros, el Espíritu Santo ha renovado nuestro amor a la Iglesia. Allí donde no existía para nosotros sino la carcasa de una institución, hemos descubierto una vida, un poder y un calor. Las devociones tradicionales, como las Marianas, aparecen ahora cargadas de sentido y significado. La vida sacramental de la Iglesia se nos presenta ahora rica de sentido, especialmente el sacramento de la penitencia que frecuentamos ya con más fruto que antes.” Por eso renace en las personas la auténtica devoción a la Santísima Virgen, la llena del Espíritu y su Esposa Santísima. La devoción Mariana está “reverdeciendo”, para usar el término empleado por Pablo VI. Para terminar, en este artículo se plantea como conclusión que la Renovación, en cuanto a su acción, abarca a todo el hombre, tanto sus facultades humanas (inteligencia o mente y voluntad o corazón) como a la realidad de su entorno en el mundo: “Esta acción renovadora del Espíritu Santo no está limitada a uno o varios momentos de la vida de una persona. Debe, al contrario, extenderse a toda su existencia. El cristiano debe vivir en el Espíritu. Tampoco se limita a una parte de la persona. Toda ella debe ser renovada. Debe renovarse la mente como lo pide San Pablo en su carta a los Efesios (4,23). Debe renovarse el corazón. “Os daré un corazón nuevo. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez. 36,26). Debe renovarse todo el mundo de la conciencia, que de carnal debe pasar a espiritual, y aún el del subconsciente que puede y necesita ser sanado de todo lo que tiene enfermo. El río de aguas vivas del Espíritu Santo sana todo lo que toca y está podrido (Ezequiel 47). Pero la renovación no termina en la persona, sino que se extiende a la familia o a la comunidad donde ella vive y actúa, y debe llegar a las instituciones y a las

organizaciones. La acción del Espíritu Santo puede y debe llegar a todo el hombre y a todos los hombres. Tal es la maravillosa posibilidad que se nos presenta en esta hora tan difícil de la historia. En lugar de mirar miopemente la Renovación, empecemos a vislumbrar todas sus posibilidades y abramos todas nuestras vidas a este viento fuerte del Espíritu Santo para que Él nos llene, nos cambie, nos conduzca, nos renueve, y por medio nuestro renueve el pequeño mundo en el cual nos toca vivir y actuar.” Así vemos planteado con sencillez y claridad qué es la Renovación Carismática, en cuanto al aspecto de lo que produce en el hombre: comienza con el conocimiento mayor del Espíritu Santo, pasa por la experiencia de su presencia y su acción, lo que deberá producir una entrega sincera a su conducción, para ir llegando a la “plenitud del amor”, que es una de las definiciones de la santidad que da el Concilio Vaticano II.

🌀 **Cardenal Joseph Suenens (1977):** En el año 1977 la Renovación Carismática Católica cumplió el décimo aniversario de su nacimiento en Estados Unidos. El Cardenal Suenens, de quien ya comentamos su Carta Pastoral de Pentecostés de 1973, donde dio su famosa definición de la Renovación Carismática, como “una corriente de gracia”, hizo una reflexión en esta oportunidad, reproducida en la revista “Alabaré”, N° 25, año 1977, cuyos puntos salientes vamos a analizar,



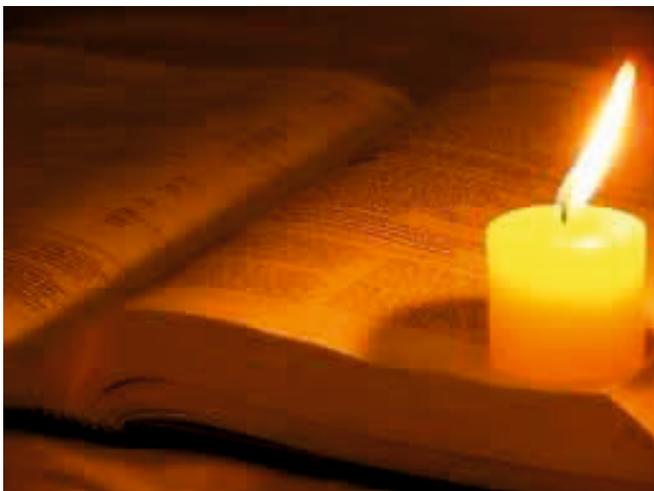
**Card. Suenens
con Pablo VI**

para terminar con este compendio de la visión que la Renovación Carismática Católica tuvo de sí misma en los primeros tiempos de su existencia: “La Renovación Carismática nos hace conscientes de nuestros valores espirituales, nos invita a una revalorización de nuestra herencia cristiana, a un nuevo despertar como pueblo de Dios. Es importante recalcar la continuidad de esto con el pasado, especialmente con el pasado inmediato, con Vaticano II. Así mismo es importante mantener ese sentido de continuidad sin crear la impresión de que es algo radicalmente nuevo y foráneo a nuestra tradición. Larry Christenson, uno de los promotores más destacados dentro de la Renovación Carismática Luterana, escribió muy acertadamente que “la misma palabra renovación implica una apreciación de lo viejo. Dios no aniquila, Dios

redime. Él no deshecha lo viejo, sino que lo renueva. Él no hace cosas nuevas, Él renueva las cosas. Una señal de madurez en cualquier movimiento de la Renovación es la apreciación que éste tenga por su patrimonio.” Aquí el Cardenal Suenens, el más importante referente de la RCC en sus inicios, plantea un punto fundamental que no debería olvidarse nunca en la Renovación Carismática: la experiencia carismática, sus frutos y consecuencias, no representa algo “nuevo” que irrumpe en la Iglesia, sino que implica una renovación de lo “viejo”, que no puede dejar de lado ni evitar apoyarse en todo el enorme y rico patrimonio de la Iglesia. Revalorizar la extraordinaria herencia que tenemos los cristianos luego de dos mil años de Iglesia, es uno de los grandes frutos de la experiencia del Espíritu Santo, ya que éste no ha aparecido ahora con su acción en las almas, sino que es el mismo que ha inspirado a tantos santos, doctores, teólogos y místicos experimentales. Por eso siempre será una señal de verdadera madurez en la RCC el aprecio que se tenga en ella del patrimonio que hemos heredado, y el buen uso que se haga del mismo. Luego el Cardenal establece unas preguntas básicas: “¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Tiene la Renovación Carismática algo que dar a la Iglesia? ¿Tiene la Iglesia necesidad de algo que la Renovación pueda brindarle?” Antes de contestar estas cuestiones, el Cardenal Suenens plantea la prevención ante lo que él considera un posible peligro, que es el concepto de que la RCC se vea a sí misma como una “especie de Iglesia dentro de la Iglesia”: “Si nosotros nos referimos a la Renovación Carismática como un “movimiento” que tiene algo que “dar” a la Iglesia, implicamos en nuestro postulado una división entre la Renovación y la Iglesia. Esta formulación conlleva una visión de la Iglesia como una simple institución necesitada de algo espiritual. ¿Es la Renovación una especie de transfusión de sangre al Cuerpo de Cristo, algo que viene de afuera? No. Una Iglesia institucional en contraste con una Iglesia carismática simplemente no existe. La Iglesia es una entidad con diferentes dimensiones íntimamente relacionadas entre sí. La dimensión carismática es el



corazón de la dimensión institucional, y las dimensiones institucional y sacramental a su vez están plenas de la presencia y del poder del Espíritu Santo... Es de suma importancia escoger nuestra terminología cuidadosamente. Cuando hablamos acerca de la Renovación Carismática como un movimiento u organización, nos vemos tentados a percibir una especie de Iglesia dentro de la Iglesia. Existe el peligro, si no tenemos cuidado, de crear la impresión de que la Renovación aspira a una especie de cristianismo sin afiliación religiosa, o a una especie de súper iglesia que abarque a todos los cristianos sobre bases formadas por el mínimo común denominador entre éstas. Aceptar esta visión implica una negación de nuestra propia identidad, un rechazo de la Iglesia específica, instituida por el Señor de acuerdo con sus preceptos, y guiada por su Espíritu a través de los siglos.” El que refiere aquí el Cardenal es un peligro cierto, en el que muchas veces se cae dentro de la Renovación. Algunos de los que llegan a la Renovación lo hacen después de mucho tiempo de estar alejados (y quizás también disgustados y resentidos) de la Iglesia, por distintas razones, en especial a causa de problemas o malas experiencias con la jerarquía. Y creen encontrar en la RCC “otra” Iglesia, distinta, que ha casi roto con la Iglesia tradicional. Para colmo, también parte de los católicos que “vuelven” se habían alejado de la Iglesia Católica atraídos por los protestantes, en alguna de sus variadas ramas, en especial por los llamados “pentecostales”. La identidad católica queda así, en estas personas, bastante difusa, mimetizada, escondida en un falso concepto de ecumenismo que muchos enarbolan y que inclusive los lleva

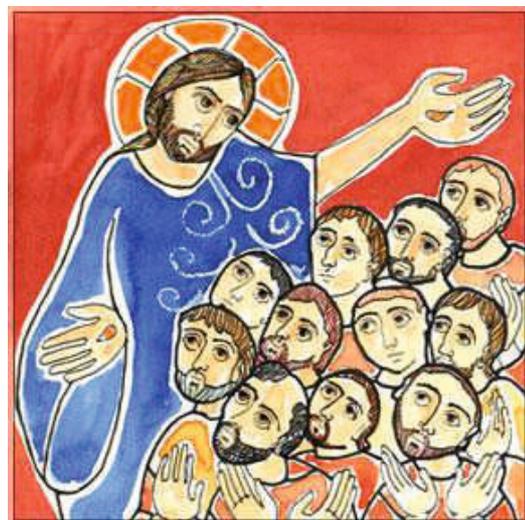


a mezclar los diferentes cultos sin ningún pudor. Por esto es que el Cardenal Suenens enfatiza, con muchísima razón, la necesidad de una fuerte afirmación de la identidad de los católicos. Aclarado este punto crucial, el Cardenal pasa a contestar la pregunta planteada: ¿Qué tiene para dar a la Iglesia

la Renovación Carismática?: “Queremos destacar lo que sin duda es una de las

contribuciones más importantes de la Renovación Carismática, o sea, la facultad de impartir a todos los cristianos una renovada conciencia y una total comprensión de la verdadera esencia del bautismo. En los primeros tiempos de la Iglesia el bautismo era otorgado a los adultos que se habían convertido. Después, comenzó la práctica de bautizar a los niños, y un cambio muy importante tuvo lugar en lo que se refiere a la forma en que las personas sean iniciadas al cristianismo. Esta nueva forma de hacerse cristiano por herencia, por influjo familiar, y por el apoyo de la sociedad cristiana, creó un nuevo tipo de cristiano. Así los nuevos cristianos no experimentaban un encuentro personal con Jesús como Señor y Salvador, y además no eran ellos los que escogían su hermandad en completo conocimiento y libertad plena. Por eso hoy estamos necesitados de cristianos que estén en pleno conocimiento de la realidad y del significado de su bautismo. Cristianos que estén dispuestos a comprometerse y compenetrarse con Jesús, que le hayan conocido y aceptado plenamente en sus vidas. Esto sugiere un nuevo método de iniciación cristiana, un nuevo catecumenado para los cristianos adultos que fueron bautizados y confirmados de niños, pero que ahora quieren aceptar de una manera nueva y adulta la verdad de lo que ellos son gracias a los sacramentos ya recibidos. El bautismo de los niños tiene que continuar. Esta tradición tiene bases sólidas y retiene su validez. Pero queremos fomentar la necesidad de renovar nuestro compromiso con el señor. A esto es lo que se refiere en la Renovación Carismática con el término “bautizado en el Espíritu”. O sea, un nuevo Pentecostés como fruto de los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, con una nueva conciencia y aceptación.

Nosotros, en verdad, tenemos que cristianizar a los cristianos. Tenemos que ayudar a los que han sido confirmados sacramentalmente a renovarse espiritualmente. Sólo entonces es que llegaremos a ver un cristianismo vivo, un cristianismo preparado para un futuro con menos cristianos por herencia y más cristianos por vocación... Y si la



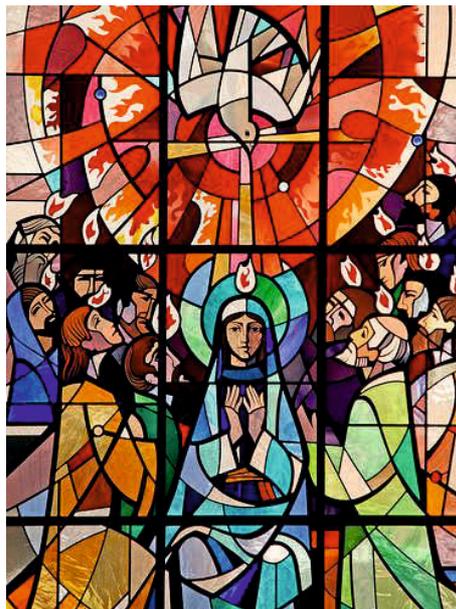
Renovación Carismática logra universalizar la efusión del Espíritu Santo en el

Pueblo, habrá hecho historia. El día que esta experiencia sea parte íntegra de la iniciación cristiana normal, la corriente carismática habrá logrado lo más profundo de su vocación: desaparecer como río y perderse en la profundidad del único mar.” En el pensamiento y la visión del Cardenal Suenens está muy claro el papel que le ha dado el Espíritu Santo dentro de la Iglesia a la RCC: “la facultad de impartir a todos los cristianos una renovada conciencia y una total comprensión de la verdadera esencia del bautismo”. La práctica del bautismo de los niños hoy “fabrica” cristianos por herencia o tradición familiar, que no experimentan en su adultez un encuentro personal con Jesús, reconociéndolo entonces como su Señor y Salvador. Cuando a éstos bautizados en la niñez se los prepara para recibir los otros sacramentos, primero la Eucaristía, y luego la Confirmación, se les imparte una catequesis cada vez más devaluada en su contenido en muchos países, sin que hayan recibido primero el “kerygma”, o primer anuncio, que los llevaría a un encuentro con el Señor y al deseo de seguir la vida cristiana. Es decir, se ha eliminado la clara separación y diferencia que se hacía al principio en la Iglesia: la predicación del “kerygma”, la apertura al Espíritu Santo que impulsaba a la conversión, el catecumenado, el bautismo, y la formación o catequesis posterior. Por eso el Cardenal recalca el aporte de la Renovación para “cristianizar a los cristianos”, o para “evangelizar a los bautizados”, como ya vimos que



se comenzó a decir en la Renovación. La experiencia fundamental en que se basa la RCC para lograr esto es la llamada “efusión o bautismo en el Espíritu Santo” que es una vivencia fuerte del Espíritu que lleva a una nueva conciencia y aceptación del Bautismo y la Confirmación. Queda así muy claramente delineada la misión de la RCC en la Iglesia y su aporte: llevar a una plena conciencia y vivencia de la gracia recibida en la Iniciación cristiana. Lo anterior significa con claridad que no es un nuevo camino en la Iglesia, sino que es una antigua experiencia, unida al mismo inicio de la Iglesia a partir de Pentecostés, que hoy vuelve a irrumpir con fuerza en forma masiva entre los fieles para que,

a su impulso, puedan recorrer con una nueva vitalidad y conciencia el camino de crecimiento en la verdadera vida cristiana. El Cardenal Suenens define que “si la Renovación Carismática logra universalizar la efusión del Espíritu Santo en el Pueblo, habrá hecho historia”, y por eso dice que un día la RCC, cumplida su misión, deberá desaparecer en la profundidad del único mar, que es la Iglesia. Esto no debería perderse de vista nunca en la Renovación, porque marca claramente el objetivo primero de la Renovación. Pero, con el tiempo y el avance de la RCC en el mundo, ha ido surgiendo otro problema que lleva también a un nuevo enfoque de lo que ella puede aportar a la Iglesia: cuando una persona es conmovida interiormente por la experiencia de la “efusión en el Espíritu”, siente un nuevo y fuerte impulso para avanzar en su vida cristiana, lo que el Cardenal Suenens expresa como vivir más plenamente su Bautismo y Confirmación. Por lo tanto las personas necesitan, a partir de allí, quienes los guíen en ese nuevo camino, que es el crecimiento espiritual, o, dicho más claramente, el crecimiento en santidad. Esta es la responsabilidad con que se ha ido encontrando la RCC en sus grupos de oración y comunidades, y nos podemos preguntar: ¿Cuál ha sido su respuesta? He aquí uno de los interrogantes fundamentales que hay que hacerse hoy respecto a la Renovación Carismática en pleno siglo XXI.



BIBLIOGRAFÍA

- Biblia de Jerusalén, Descleé, de Brouwer, Bilbao.
- JUAN PABLO II, *Dominum et Vivificantem*, Ed. Paulinas, Bs. As.
- FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, Ed Paulinas, Bs. As.
- Mc DONNEL, Kilian, *Reinflamando la llama*, The Liturgical Press, Collegeville, Munessota, 1976.
- PRADO FLORES, José, *Id y evangelizad a los bautizados*, Ed. Rema, México, 2013.
- BENEDETTO, Juan Franco, *Renovar la Renovación Carismática Católica*, <http://www.contempladores.com.ar/pdfs/renovar.pdf>